

CAPÍTULO 1

BENITO

El pozo se vino abajo sin aviso. Benito estaba adentro limpiando el verdín cuando un derrumbe de barro y ladrillos lo cubrió por completo.

No veía nada. Tampoco podía respirar. Tuvo miedo de morir así enterrado y empezó a patlear, a abrirse paso con los brazos, los codos y las rodillas.

Buscaba a ciegas los huecos en los que había apoyado los pies para bajar.

Por fin encontró uno, se impulsó con las dos manos y sacó la cabeza afuera del barro.

El lado izquierdo del aljibe había desaparecido y sus ruinas le comprimían la espalda. El semicírculo que quedaba en pie era muy inestable. Los ladrillos se movían y, para terminar de empeorar el momento, el agua de la napa empezó a subir.

Benito estiró el cuello, resollando. En el brocal, veinte pies más arriba, se asomó Roberto, el capataz.

–¡Aguantá, Benito! –le gritó cuando lo vio dar señales de vida.

Era fácil de decir, pero la pared del aljibe que resistía empezó a ceder también.

Benito se estiró con alma y vida hacia el hueco siguiente y se izó hasta que pudo sacar la pierna del barro pegajoso. La apoyó en la hendidura y trepó, y después alcanzó la siguiente, cada vez más arriba.

Trepaba sintiendo que el pozo se doblaba sobre sí mismo.

Pensó en la Tránsito, su madre. Si se lo llevaban muerto al rancho se volvería loca, loca del todo. Ese pensamiento le dio fuerzas para subir hasta alcanzar el brocal.

Se asomó a la superficie con el tiempo justo para que los seminaristas del convento, que se habían acercado al oír el ruido, lo agarraran de los brazos y lo tiraran hacia afuera, con mucho trabajo porque Benito era pesado, hasta que lo sacaron del aljibe y lo soltaron en el patio de tierra.

Retrocedieron espantados cuando el terreno de alrededor del aljibe se hundió.

Benito gateó arrastrándose lejos del desastre y al fin quedó tirado, embarrado de pies a cabeza, como si la tierra lo hubiera parido.

No tenía ánimo más que para parpadear y recuperar la respiración.

Desde el piso vio un pedazo de cielo, interrumpido por la cara ansiosa de Roberto.

–¿Benito?

El cura del convento y los seminaristas también se acercaron.

–¿Está vivo?

Benito tosió y se sentó. Escupió un poco de barro.

Roberto dejó la cuerda que había ido a buscar y lo palmeó lleno de alivio.

–Menos mal, ya me veía pagándote por bueno a don Garmendia.

–El aljibe se desmoronó –murmuró Benito.

El cura lo estudió, levantando una ceja.

–No soportó el peso. Sos un negro demasiado grande.

Benito sintió mucha indignación. Era pocero desde que tenía uso de razón y nunca le había pasado algo así.

Roberto salió en su defensa.

–Tiene apenas 13 años. Y si es así de grandote es para su bien; si fuera un alfeñique, ahora lo estaríamos velando.

El cura chasqueó la lengua.

–No les pienso pagar nada.

–El pozo ya estaba podrido. Lo voy a denunciar...

El cura y Roberto se alejaron discutiendo hacia el convento.

Benito suspiró. Se levantó y estiró los brazos, como para comprobar si tenía todos los huesos en su lugar.

Era fornido, de espaldas anchas. Los pantalones embarrados le quedaban chicos, cortos y además estaban llenos de remiendos. El pelo lo tenía ensortijado, en motas apretadas y prolijas.

Los seminaristas lo contemplaban como si hubiera vuelto de la muerte.

–¿De verdad tenés 13 años? –le preguntó el más petiso.

Benito asintió moviendo la cabeza. Parecía un hombre hecho, y por un momento el seminarista pensó que lo estaba embromando.

–Gracias –dijo Benito y le sonrió, con una sonrisa tan franca y tan abierta, que el seminarista comprendió que le estaba diciendo la verdad, que todavía era un chico.

Después del derrumbe del pozo, se fueron del convento sin cobrar ni un real, cargando las palas y la polea.



Roberto no estaba enojado, sin embargo. Como ese día no tenían otro trabajo, se fueron al río. Benito se dio un buen chapuzón para sacarse el barro y cuando salió vio que su capataz había comprado un buen pedazo de carne para asar. Enseguida armaron el fueguito, improvisaron la parrilla y se sentaron a esperar que la comida estuviera lista.

Era una vacación inesperada. Había gaviotas, sol y retazos de conversaciones de las mujeres que lavaban ropa en la orilla. Ellas se reían fuerte, cantaban en idioma mandinga, le hacían caritas a Roberto. Una se acercó y le convidó un mate.

—Tenga, por donoso.

Roberto se lo aceptó sonriendo. Era un mulato cuarentón y soltero; nadie sabía bien de dónde había venido. Cuando el asado estuvo a punto, sacó su cuchillo del cinto y cortó la carne en pedazos chicos, para que se pudieran servir con la mano.

Benito admiraba aquel cuchillo de hoja ancha. Cortaba cualquier cosa: tiento, hueso, madera... Le hubiera encantado tener uno así, pero él era un esclavo.

Y a los esclavos, los amos no les permitían tener armas.

Roberto era liberto. Vivía de su trabajo de pocero y albañil, y con eso podía alquilarse un cuarto. Por unos reales también alquilaba a Benito.

Benito era esclavo de don Toribio Garmendia, un español que dirigía una fábrica de muebles de artesano.

Tenía muchos esclavos, don Toribio. Algunos dormían en el galpón de la mueblería. Benito, su mamá, el viejo, la Marcela y las chicas de la cocina vivían en la casa grande del amo, en el rancho del patio de atrás.

Hacían las tareas domésticas, cuidaban la casa, atendían a doña Lucía, a don Toribio y a su único hijo, el niño Felipe.

En la casa grande también vivía Simón.

Benito comió toda la carne que pudo y le pidió permiso a Roberto para guardarse las sobras para después. Las puso en el bolsillo que su mamá le había cosido en el pantalón que le quedaba chico.

Se tocó el hombro. Ahora que se le había enfriado, le dolía.

–Vamos a la casa de tu amo. Basta de pozos por hoy –dijo Roberto.

Fueron los dos cortando camino por el hueco de los huérfanos. Cuando llegaron a la casa grande, era casi la hora de la siesta.

Roberto arregló con el amo y Benito fue derecho al patio de atrás.

La Tránsito estaba cosiendo afuera, aprovechando el solcito del día. Era una africana pura y delicada, muy delgada, muy frágil. Usaba un pañuelo en la cabeza y muchos collares en el cuello.

Benito se tiró debajo de la parra. Sentía las piernas flojas y el corazón palpitante cada vez que se acordaba del derrumbe.

Su madre lo espió mientras cortaba el hilo de la costura.

—¿Qué pasa, Keita?

Keita era el nombre africano de Benito. Su mamá era la única que lo llamaba así.

Benito no se animó a decirle lo del accidente. No sabía cómo podría reaccionar.

—No le queré' decir a tu madre... —dijo ella, compungida.

Benito se acercó, la besó en la mejilla y le regaló los pedacitos de carne que había rescatado del asado.

La Tránsito lo miró desconfiada. Se comió muy rápido la carne, como temiendo que alguien se la quitara.

—¿Me está haciendo un pantalón nuevo? —dijo Benito, señalando su costura.

Ella apretó la tela contra su pecho.

–Dormí la siesta, Keita Makiala. Yo barro el patio por vos.

Benito le sonrió, se acomodó en la sombra y se quedó dormido de puro cansancio.

La Tránsito siguió cosiendo.

De la casa grande les llegó el sonido de un piano.